

GANADORA AUTONÓMICA



ISLAS BALEARES

Natalia Vingut – IES Sa Serra

Desde que ocurrió aquello no podía estarme quieto. Llevaba años viviendo con miedo. Sabía que en cualquier momento llegaría alguien y me arrebataría la vida sin pensárselo un segundo.

Cuando saliese de aquí podría esconderme, desaparecer, tratar de huir. Pero sabía que tarde o temprano me encontrarían. Ahora sabía demasiado. Estaba perdido.

Me desperté con la respiración agitada. Siempre había imaginado este momento muy distinto. Feliz. Me sentí abatido. Salí de mi litera y me dirigí al diminuto lavabo. El espejo me devolvió la imagen de un rostro completamente inexpresivo. Hasta entonces no había percibido el paso del tiempo en mí. Mi pelo se había tornado casi absolutamente blanco, mi frente estaba repleta de arrugas y de entre mi barba de tres días asomaban múltiples cicatrices fruto del recibimiento del resto de presos. Un grito seco proveniente del guardia que me aguardaba en la puerta me trajo de vuelta a la realidad. Hundí la cara en el agua helada. Era el momento. Me dirigí a la puerta con paso firme, aparentando decisión, aunque verdaderamente estaba nervioso. Me habría gustado tener alguien ahí fuera preocupándose por mí. Salí al pasillo y las rejas se cerraron detrás de mí. Los demás presos se amontonaban a ambos lados, tras las rejas de sus respectivas celdas, observando. Aquellos hombres que tanto temía me miraban con expresión desafiante, igual que hizo aquel hombre cuando me acusó. Jamás echaría de menos ese olor que llevaba incrustado en la nariz y en el alma, ese olor a sudor y orina, a miedo y desesperación. Ahora formaba parte de mí. Conforme avanzaba por el largo pasillo había más presos observando, mascullando entre sí. Prefería no saber qué decían. Ansiaba y temía el momento de cruzar esa puerta.

De pronto un preso gritó mi nombre y al volverme hacia él me escupió en la cara. Acto seguido comenzó una retahíla de insultos mientras agitaba las rejas. El sonido de su voz era lo único que oía. Me recordó a la discusión que tuve con mi mujer cuando me abandonó, creyendo antes esas acusaciones que a mí.

Todavía conservaba esas marcas en el antebrazo, fruto del autocastigo cuando llegué a creer esas acusaciones dudando de mí mismo. El pasillo se me estaba haciendo eterno. Los pies me pesaban. Al final del pasillo se oían llantos. Me crucé con un guardia. Noté como había cambiado su mirada, cómo unas horas antes me miraba creyéndome y cómo me miraba ahora, sabiendo que soy un hombre inocente consumido por el tiempo que injustamente había pasado en prisión. Por fin tenía delante al autor de esos llantos desesperados. Lloraba desconsoladamente tirado en el suelo, tal y como había hecho yo cuando mis hijos me dijeron que no querían saber nada de mí. Había llegado a mi destino. Me detuve bajo un fluorescente que parpadeaba y escuché el desagradable sonido que producían las rejas al abrirse. A la vez que yo salía, una mujer mayor cruzaba el umbral de la puerta para visitar a su hijo preso. Me dio un vuelco el corazón al recordar que mi madre murió creyéndome culpable, al recordar la expresión triste y decepcionada que portaba en su rostro la última vez que la vi. Bajé las escaleras. Hacía mucho que no sentía un rayo de sol impactando en mi piel. Me resguardé los ojos del sol con la mano y posé mi mirada en el parque, donde los niños jugaban alegre e inocentemente ajenos al mundo real. Allí, junto a un banco, vi la primera flor de la primavera.